



Boletín Oficial

DEL

Obispado de Osma



Año LV. 17 DE DICIEMBRE DE 1914. Núm. 19.

SUMARIO: Secretaría de Cámara y Gobierno: Circular.—Aviso de la Administración de Cruzada.—Primera Encíclica de Su Santidad el Papa Benedicto XV (versión castellana).—Dinero de San Pedro.—Bibliografía.

Secretaría de Cámara y Gobierno

CIRCULAR

No habiéndose recibido todavía este año en la Secretaría de Cámara y Gobierno las relaciones parroquiales de los Sres. Curas de varios pueblos, Su Exce-lencia Ilma. y Rvdma. el Obispo, mi Señor, ha tenido a bien ordenar que antes del 1.º de enero próximo les sean entregadas a los Sres. Arciprestes respectivos, los cuales las enviarán a esta Secretaría en la primera semana de 1915.

Burgo de Osma, 10 de diciembre de 1914.

Lic. José A. Castro Valcarce,
Secretario.

Administración de Cruzada

AVISO

Se les recuerda a los Sres. Curas que tanto las limosnas de los sumarios expendidos como las bulas sobrantes de la predicación de 1914 habrán de ser en-

tregadas antes de la nueva predicación a los encargados de cada centro o arciprestazgo, los cuales tendrán en su poder los sumarios de 1915 el día 1.º del mes próximo. Se les recomienda también el cumplimiento exacto de las disposiciones dadas por esta Delegación en 12 de diciembre de 1908 y 27 de diciembre de 1910.

En el arciprestazgo de Torlengua está encargado el Sr. Cura Párroco de Serón; en los demás centros y arciprestazgos continúan los mismos señores que en el año anterior.

Burgo de Osma, 12 de diciembre de 1914.

El Administrador-Delegado,
PROTASIO FÉLIX RUBIO.

CARTA ENCÍCLICA

(VERSIÓN AUTÉNTICA)

A los Venerables Hermanos los Patriarcas, Primateados, Arzobispos, Obispos y demás Ordinarios en paz y comunión con la Sede Apostólica.

BENEDICTO PAPA XV

VENERABLES HERMANOS, SALUD Y BENDICIÓN
APOSTÓLICA

Apenas elevado, por inescrutables designios de la Providencia divina, sin mérito alguno Nuestro, a ocupar la cátedra del bienaventurado Príncipe de los Apóstoles, Nós, considerando como dichas a Nuestra Persona aquellas mismas palabras que Nuestro Señor Jesucristo dijera a Pedro: *Pasce agnos meos, pasce oves meas*, (1) dirigimos enseguida una mirada llena de la más encendida caridad al rebaño que se confiaba a

(1) S. Juan, xxi, 15-17.

Nuestro cuidado; rebaño verdaderamente innumerable, como que, por una o por otra razón, abraza a todos los hombres. Porque todos, sin excepción, fueron librados de la esclavitud del pecado por Jesucristo, que derramó su sangre por la redención de los mismos: sin que haya uno siquiera que sea excluido del beneficio de esta redención; por lo cual, el Pastor divino, que tiene ya venturosamente recogida en el redil de su Iglesia a una parte del género humano, asegura que Él atraerá amorosamente a la otra: *Et alias oves habeo quae non sunt ex hoc ovili: et illas oportet me adducere et vocem meam audient* (2).

Confesamos sinceramente, venerables Hermanos, que el primer afecto, que embargó Nuestro ánimo, excitado sin duda por la divina Bondad, fué de vehemente deseo y amor por la salvación de todos los hombres; y al aceptar el Pontificado, Nós formulamos aquel mismo voto que Jesucristo expresara a punto de morir sobre la cruz: *Pater sancte, serva eos in nomine tuo, quos dedisti mihi* (3).

Ahora bien; apenas Nos fué dado contemplar, de una sola mirada, desde la altura de la dignidad Apostólica, el curso de los humanos acontecimientos, al ofrecer a Nuestros ojos la triste situación de la sociedad civil, Nós experimentamos verdaderamente un acerbo dolor. Y ¿cómo podría Nuestro corazón de Padre comun de todos los hombres dejar de commoverse profundamente ante el espectáculo que presenta la Europa, y con ella el mundo entero, espectáculo el más atroz y luctuoso quizá que ha registrado la historia de todos los tiempos? Parece que, en realidad, han llegado aquellos días de los que Jesucristo profetizó: *Audituri... estis proelia et opiniones proeliorum... Consurget enim gens in gentem et regnum in regnum* (4). El tristísimo

(2) S. Juan, x, 16.

(3) S. Juan, xvii, 11.

(4) S. Mat., xxiv, 6-7.

fantasma de la guerra domina por doquier, y apenas hay otro asunto que ocupe los pensamientos de los hombres. Poderosas y opulentas son las naciones que pelean; por lo cual ¿qué extraño es que, bien provistas de los horrorosos medios que en nuestros tiempos el arte militar ha inventado, se esfuercen en destruirse mutuamente con refinada crueldad? No tienen, por eso, limite ni las ruinas, ni la mortandad; cada día la tierra se empapa con nueva sangre y se llena de muertos y heridos. ¿Quién diría que los que así se combaten, tienen un mismo origen, participan de la misma naturaleza, y pertenecen a la misma sociedad humana? ¿Quién les reconocería como hermanos, hijos de un mismo Padre, que está en los Cielos? Y mientras que de una y otra parte formidables ejércitos pelean furiosamente, las naciones, las familias, los individuos sufren los dolores y miserias que, como triste cortejo, siguen a la guerra. Aumenta sin medida, de día en día, el número de viudas y de huérfanos; se paraliza por la interrupción de comunicaciones, el comercio; están abandonados los campos, y suspendidas las artes; se encuentran en la estrechez los ricos, en la miseria los pobres, en el luto todos.

Nós, conmovido por tan extrema situación, en el principio de Nuestro supremo Pontificado, creimos deber. Nuestro, recoger las últimas palabras de Nuestro Predecesor, Pontífice de ilustre y santísima memoria, y repitiéndolas, comenzar Nuestro apostólico ministerio; y conjuramos con toda vehemencia a los Príncipes y a los Gobernantes, a fin de que, considerando cuánta sangre y cuántas lágrimas habían sido derramadas, se apresurasen a devolver a los pueblos los soberanos beneficios de paz.

Y ojalá que por la misericordia de Dios, suceda que, al empezar Nuestro oficio de Vicario suyo, resuene cuanto antes el feliz anuncio que los Angeles cantaron en el nacimiento del divino Redentor de los

bombres: *In terra pax hominibus bonae voluntatis* (5). Que Nos escuchen, rogamos, aquellos en cuyas manos están los destinos de los pueblos. Otros medios existen, ciertamente, y otros procedimientos para vindicar los propios derechos, si hubiesen sido violados. Acudan a ellos, depuestas en tanto las armas, con leal y sincera voluntad. Es la caridad hacia ellos, y hacia todos los pueblos, no Nuestro propio interés, la que Nos mueve a hablar así. No permitan, pues, que se pierda en el vacío esta Nuestra voz de amigo y de Padre.

Pero no es solamente la sangrienta guerra actual lo que trae a los pueblos sumidos en la miseria y a Nos angustiado y solícito. Otro mal funesto ha penetrado hasta las mismas entrañas de la sociedad humana y tiene atemorizados a todos los hombres de sano criterio, ya por los daños que ha causado y causará en lo futuro a las naciones, ya por que, con toda razón, es considerado como causa de la presente luctuosísima guerra. En efecto, desde que se han dejado de aplicar en el gobierno de los Estados las normas y las prácticas de la sabiduría cristiana, que garantizaban la estabilidad y la tranquilidad del orden, comenzaron, como no podía menos de suceder, a vacilar en sus cimientos las naciones y a producirse tal cambio en las ideas y en las costumbres, que si Dios no lo remedia pronto, parece ya inminente la destrucción de la sociedad humana. He aquí los desórdenes que estamos presenciando: la ausencia de amor mutuo en la comunicación entre los hombres; el desprecio de la autoridad de los que gobiernan; la injusta lucha entre las diversas clases sociales; el ansia ardiente con que son apetecidos los bienes pasajeros y caducos, como sino existiesen otros y ciertamente mucho más excelentes, propuestos al hombre para que los alcance. En estos cuatro puntos se contienen, según Nuestro parecer,

(5) S. Luc., II, 14.

otras tantas causas de las gravísimas perturbaciones que padece la sociedad humana. Todos, por tanto, debemos esforzarnos en que por completo desaparezcan, restableciendo los principios del cristianismo, si de veras se intenta poner paz y orden de los intereses comunes.

Pero, en primer lugar, Jesucris' o, habiendo descendido de los cielos para restaurar entre los hombres el reino de la paz, destruido por la envidia de Satanás, no quiso apoyarlo sobre otro fundamento que el de la caridad. Por eso repitió tantas veces: *Mandatum novum do vobis ut diligatis invicem* (6); *Hoc est praeceptum meum ut diligatis invicem* (7); *Haec mando vobis, ut diligatis invicem* (8): como sino tuviese otra misión que la de hacer que los hombres se amasen mutuamente. Y para conseguirlo ¿qué género de argumentos dejó de emplear? A todos nos manda levantar los ojos al Cielo: *Unus est enim Pater vester qui in caelis est* (9). A todos, sin distinción de naciones, de lenguas, ni de intereses, nos enseña la misma forma de orar: *Pater noster qui es in caelis* (10); es más, afirma que el Padre celestial, al repartir los beneficios naturales, no hace distinción de los méritos de cada uno: *Qui solem suum oriri facit super bonos et malos: et pluit super justos et injustos* (11). También nos dice, unas veces, que somos hermanos; y otras, nos llama hermanos suyos: *Omnes autem vos fratres estis*: (12); *Ut sit ipse primogenitus in multis fratribus* (13). Y, lo que más fuerza tiene para estimularnos en sumo grado a este amor fraternal aún

(6) S. Juan, XIII, 34.

(7) S. Juan, XV, 12.

(8) S. Juan, XV, 17.

(9) S. Mat., XXIII, 9.

(10) S. Mat., VI, 9.

(11) S. Mat., V, 45.

(12) S. Mat., XXIII, 8.

(13) Rom., VIII, 29.

hacia aquellos a quienes nuestra nativa soberbia menosprecia, quiere que se reconozca en el más pequeño de los hombres la dignidad de su misma persona: *Quamdiu fecistis uni ex his fratribus meis minimis, mihi fecistis* (14). ¿Qué más? En los últimos momentos de su vida rogó encarecidamente al Padre que todos cuantos en Él habían de creer fuesen una sola cosa por el vínculo de la caridad: *Sicut tu, Pater, in me, et ego in te* (15). Finalmente, suspendido de la cruz, derramó su sangre sobre todos nosotros, para que, unidos estrechamente, como formando un solo cuerpo, nos amásemos mutuamente con un amor semejante al que existe entre los miembros de un mismo cuerpo. Pero muy de otra manera sucede en nuestros tiempos. Nunca quizá se habló tanto como en nuestros días de la fraternidad humana; más aún, sin acordarse de las enseñanzas del Evangelio, y posponiendo la obra de Cristo y de su Iglesia, no reparan en ponderar este anhelo de fraternidad como uno de los más preciados frutos que la moderna civilización ha producido. Pero, en realidad, nunca se han tratado los hombres menos fraternalmente que ahora. En extremo crueles son los odios engendrados por la diferencia de razas; más que por las fronteras, los pueblos están divididos por mutuos rencores: en el seno de una misma nación, y dentro de los muros de una misma ciudad, las distintas clases sociales son blanco de la recíproca malevolencia; y las relaciones privadas se regulan por el egoísmo, convertido en ley suprema. Ya veis, venerables Hermanos, cuán necesario sea procurar con todo empeño que la caridad de Jesucristo torne a reinar entre los hombres. Este será siempre nuestro ideal y esta la labor propia de Nuestro Pontificado. Y os exhortamos a que éste sea también vuestro anhelo. No cesemos de

(14) S. Mat., xxv, 40.

(15) S. Juan, xvii, 21.

inculcar en los ánimos de los hombres, y de poner en práctica, aquello del Apóstol San Juan: *Diligamus alterutrum* (16). Excelentes son, es cierto, y sobre manera recomendables los Institutos benéficos que tanto abundan en nuestros días; mas téngase en cuenta que entonces resultan de verdadera utilidad cuando prácticamente contribuyen de algún modo, a fomentar en las almas la verdadera caridad hacia Dios y hacia los prójimos; pero, si nada de esto consiguen, son inútiles: porque *qui non diligit, manet in morte* (17).

Dejamos dicho que otra causa del general desorden consiste en que ya no es respetada la autoridad de los que gobiernan. Porque desde el momento que se quiso atribuir el origen de toda humana potestad, no a Dios, Creador y dueño de todas las cosas, sino a la libre voluntad de los hombres, los vínculos de mutua obligación que deben existir entre los superiores y los súbditos, se han aflojado hasta el punto de que casi han llegado a desaparecer. Pues el inmoderado deseo de libertad, unido a la contumacia, poco a poco lo ha invadido todo; y no ha respetado siquiera la sociedad doméstica, cuya potestad es más claro que la luz meridiana que arranca de la misma naturaleza: y, lo que todavía es más doloroso, ha llegado a penetrar hasta en el recinto mismo del Santuario. De aquí proviene el desprecio de las leyes; de aquí, las agitaciones populares; de aquí, la petulancia en censurar todo lo que es mandado; de aquí, mil argucias inventadas para quebrantar el nervio de la disciplina; de aquí, los monstruosos crímenes de aquellos que, confesando que carecen de toda ley, no respetan ni los bienes, ni las vidas de los demás.

Ante semejante desenfreno en el pensar y en el obrar, que destruye la constitución de la sociedad hu-

(16) S. Juan, III, 23.

(17) S. Juan, III, 14.

mana, N6s, a qui6n ha sido divinamente confiado el magisterio de la verdad, no podemos en modo alguno callar, y recordamos a los pueblos aquella doctrina que no puede ser cambiada por el capricho de los hombres: *Non est potestas nisi a Deo; quae autem sunt, a Deo ordinatae sunt* (18). Por tanto, toda autoridad existente entre los hombres, ya sea soberana o subalterna, es divina en su origen. Por esto San Pablo enseña que a los que est6n investidos de autoridad, se les ha de obedecer, no de cualquier modo, sino religiosamente, por obligaci6n de conciencia, a no ser que manden algo que sea contrario a las divinas leyes: *Idcirco necessitate subditi estote, non solum propter iram, sed etiam propter conscientiam* (19). Concuerdan con estas palabras de San Pablo aquellas otras del mismo Pr6ncipe de los Ap6stoles: *Subiecti igitur estote omni humanae creaturae propter Deum: sive regi, quasi praecellenti; sive ducibus tanquam ab eo missis...* (20). De donde colige el Ap6stol de las gentes que quien resiste con contumacia al leg6timo gobernante, a Dios resiste, y se hace reo de las eternas penas: *Itaque qui resistit potestati, Dei ordinationi resistit. Qui autem resistunt, ipsi sibi damnationem acquirunt* (21).

Recuerden esto los pr6ncipes y los que gobiernan los pueblos y consideren si es prudente y saludable consejo, tanto para el poder p6blico, como para los ciudadanos, apartarse de la santa religi6n de Jesucristo, que tanta fuerza y consistencia presta a la humana autoridad. Mediten, una y otra vez, si es medida de sabia pol6tica querer prescindir de la doctrina del Evangelio y de la Iglesia en el mantenimiento del orden social, y en la p6blica instrucci6n de la juventud. Harto nos demuestra la experiencia que la autoridad

(18) Rom. XIII, 1.

(19) Rom. XIII, 5.

(20) I Petr., II, 13-14.

(21) Rom. XIII, 2.

de los hombres parece allí donde la religión es destruida. Suele de hecho acontecer a las naciones, lo que acaeció a nuestro primer Padre, al punto que hubo pecado. Así como en éste, apenas la voluntad se hubo apartado de la de Dios, las pasiones desenfrenadas rechazaron el imperio de la voluntad, así también, cuando los que gobiernan los Estados desprecian la autoridad de Dios, suelen los pueblos burlarse de la de ellos. Les queda, es verdad, la fuerza, y de ella acostumbran usar, para sofocar las rebeliones; pero *¿con qué provecho?* Por la violencia se sujetan los cuerpos, más no los espíritus.

Suelto, pues, o aflojado aquel doble vínculo de cohesión de todo cuerpo social, a saber, la unión de los miembros entre sí, por la mutua caridad, y de los miembros con la cabeza, por el acatamiento a la autoridad *¿quién se maravillará con razón, venerables Hermanos, de que la actual sociedad humana, aparezca como dividida en dos grandes bandos que luchan entre sí despiadadamente y sin descanso?*

Frente a los que la suerte, o la propia actividad ha dotado de bienes de fortuna, están los proletarios y obreros, ardiendo en odio, porque participando de la misma naturaleza que ellos, no gozan, sin embargo, de la misma condición. Naturalmente, una vez infatuados como están por las falacias de los agitadores, a cuyo influjo por entero suelen someterse *¿quién será capaz de persuadirles que no por que los hombres sean iguales en naturaleza, han de ocupar el mismo puesto en la vida social; sino que cada cual tendrá aquel que adquirió con su conducta, si las circunstancias no le son adversas?* Así, pues, los pobres que luchan contra los ricos, como si éstos hubiesen usurpado ajenos bienes, obran no solamente contra la justicia y la caridad, sino también contra la razón; sobre todo, pudiendo ellos, si quieren, con una honrada perseverancia en el trabajo, mejorar su propia fortuna. - Cuáles y

cuántos perjuicios acarree esta rivalidad de clases, tanto a los individuos en particular, como a la sociedad en general, no hay necesidad de declararlo; todos estamos viendo y deplorando las frecuentes huelgas, en las cuales suele quedar repentinamente paralizado el curso de la vida pública y social, hasta en los oficios de más imprescindible necesidad: e igualmente, esas amenazadoras revueltas y tumultos, en los que con frecuencia se llega al empleo de las armas y al derramamiento de sangre.

No Nos parece necesario repetir ahora los argumentos que prueban hasta la evidencia lo absurdo del socialismo y de otros semejantes errores. Ya lo hizo sapientísimamente León XIII, Nuestro prededesor, en memorables Encíclicas; y vosotros, venerables Hermanos, cuidareis con vuestra diligencia, de que tan importantes enseñanzas no caigan en el olvido, sino que sean sabiamente ilustradas e inculcadas, según la necesidad lo requiera, en las asambleas y reuniones de los católicos, en la predicación sagrada y en las publicaciones católicas. Pero de un modo especial, y no dudamos repetirlo, procuremos con toda suerte de argumentos, suministrados por el Evangelio, por la misma naturaleza del hombre y los intereses públicos y privados, exhortar a todos a que, ajustándose a la ley divina de la caridad, se amen unos a otros como hermanos. La eficacia de este fraterno amor no consiste en hacer que desaparezca la diversidad de condiciones y de clases, cosa tan imposible como el que en un cuerpo animado todos y cada uno de los miembros tengan el mismo ejercicio y dignidad, sino en que los que estén más altos se abajen, en cierto modo, hasta los inferiores y se porten con ellos, no solo con toda justicia, como es su obligación, sino también benigna afable, pacientemente; y los humildes, a su vez, se alegren de la prosperidad y confíen en el apoyo de los poderosos, no de otra suerte que el hijo menor de una

familia se pone bajo la protección y el amparo del de mayor edad.

Sin embargo, venerables Hermanos, los males que hasta ahora venimos deplorando tienen una raíz más profunda, y si para extirparla no se aunan los esfuerzos de los buenos, en vano esperaremos lograr aquello que todos ciertamente anhelamos, es a saber, la tranquilidad estable y duradera de la vida social. Cuál sea esta raíz lo declara el Apóstol: *Radix... omnium malorum est cupiditas* (22). Porque, si bien se considera, los males que ahora sufren la sociedad humana nacen de esta raíz. Pues cuando en escuelas perversas se moldea como cera la edad infantil, y con la malicia de ciertos escritos, diaria o periódicamente se forma la mente de la multitud inexperta, y con otros semejantes medios es dirigida la opinión pública; cuando, decimos, se ha introducido en los ánimos el funestísimo error de que el hombre no ha de esperar un estado de eterna felicidad, sino que aquí abajo puede ser dichoso con el goce de las riquezas, de los honores, de los placeres de esta vida, nadie se maravillará de que estos hombres naturalmente inclinados a la felicidad, con al misma violencia con que se lanzan a la conquista de tales bienes, rechacen todo aquello que retarda o impide su consecución. Más, porque estos bienes no están distribuidos por igual entre todos, y a la autoridad pública toca impedir que la libertad individual traspase los límites y se apodere de lo ajeno, de aquí nace el odio contra la autoridad, y la envidia de los desheredados de la fortuna contra los ricos, y las luchas y contiendas mútuas entre las diversas clases de ciudadanos, esforzándose los unos por obtener, a toda costa, aquello de que carecen, y los otros por conservar, y aún aumentar lo que ya poseen.

Previendo Jesucristo, Señor Nuestro, semejante es-

(22) I Tim., vi, 10.

tado de cosas, explicó en aquel sublime sermón de la montaña, cuáles fuesen las verdaderas bienaventuranzas del hombre sobre la tierra, y puso, por decirlo así, los fundamentos de la filosofía cristiana. Tales enseñanzas, aún a los hombres más adversos a la fe, pareció que contenían una sabiduría singular y perfectísima doctrina, así moral como religiosa: y, ciertamente, todos convienen en reconocer que nadie, antes de Cristo, que es la misma verdad, había enseñado jamás cosa parecida en esta materia, ni con tanta gravedad y autoridad, ni con tan elevados y amorosos sentimientos.

La índole secreta e íntima de esta filosofía consiste en que los llamados bienes de esta vida tienen la apariencia de bien, pero no la eficacia; y por lo mismo, no son tales, que su goce pueda hacer feliz al hombre. Pues, según la palabra de Dios, tan lejos está que las riquezas, la gloria, los placeres hagan feliz al hombre, que, si quiere serlo de veras, debe, por amor de Dios, privarse de los mismos: *Beati pauperes... Beati qui nunc fletis... Beati cum vos oderint homines et separaverint vos et exprobraverint, et ejecerint nomen vestrum, tamquam malum* (23). Es decir, que por medio de los dolores, adversidades y miserias de esta vida, si las soportamos con paciencia, como debemos, nosotros mismos nos abrimos paso hacia aquellos bienes verdaderos y eternos, *quae praeparavit Deus iis qui diligunt illum* (24). Sin embargo, muchos descuidan tan importantes enseñanzas de la fe, y muchos las han olvidado por completo. Es necesario, pues, venerables Hermanos, renovar según ellas todos los corazones. No de otra suerte lograrán la paz los hombres, ni la sociedad humana. Exhortemos, por tanto, a los que padecen cualquier adversidad, a que no fijen sus miradas en la

(23) S. Luc., vi, 20-22.

(24) I. Cor., II, 9.

tierra, en la cual no somos más que peregrinos, sino que las levanten al Cielo, a donde nos encaminamos: *non habemus hic manentem civitatem, sed futuram inquirimus* (25). Y en medio de las adversidades, con las que Dios prueba la constancia en su divino servicio, consideren con frecuencia qué premio les está reservado para cuando salgan vencedores de esta lucha. *Quop in praesenti est momentaneum et leve tribulationis nostrae, supra modum in sublimitate aeternum gloriae pondus operatur in nobis* (26). Finalmente, el dedicarse con todo empeño y esfuerzo a que renazcan en los hombres, la fe en las verdades sobrenaturales, y así mismo, el aprecio, el deseo y la esperanza de los bienes eternos, debe ser vuestro principal empeño, venerables Hermanos, así como también el del clero y el de todos los nuestros, que, unidos en varias asociaciones, procuran promover la gloria de Dios y el verdadero bien común. Porque a medida que esta fe crezca entre los hombres, decrecerá en ellos el afán inmoderado de alcanzar los fingidos bienes de la tierra, y renaciendo la caridad, gradualmente cesarán las luchas y contiendas sociales.

Ahora bien, si dejando aparte la sociedad civil, volvemos nuestro pensamiento a considerar las cosas eclesiásticas, tenemos, sin duda, motivos para que Nuestro ánimo, herido por la general calamidad de estos tiempos, al menos en parte reciba algún alivio; pues además de las pruebas, que se presentan clarísimas, de la divina virtud y firmeza de que goza la Iglesia, no pequeño consuelo Nos ofrecen los preclaros frutos que de su activo pontificado Nos dejó Nuestro antecesor Pío X, después de haber ilustrado a la Sede Apostólica con los ejemplos de una vida santa. Vemos, en efecto, por obra suya, inflamado por doquier el espíritu religioso entre los eclesiásticos; despertada

(25) Hebr., xiii, 13.

(26) II Cor., iv, 17.

la piedad del pueblo cristiano; promovidas en las asociaciones de los católicos la acción y la disciplina; fundadas en unas partes, y multiplicadas en otras, las sedes episcopales; ajustada la educación de la juventud levítica conforme a la exigencia de los cánones, y, en cuanto es necesario, a la condición de estos tiempos, alejados de la enseñanza de las ciencias sagradas los peligros de temerarias innovaciones; el arte musical, obligado a servir dignamente a la majestad de las funciones sagradas; aumentado el decoro de la Liturgia y propagado extensamente el nombre cristiano con nuevas misiones de predicadores evangélicos.

(Continuará)

Dinero de San Pedro (1914)

COLECTA DE SAN JOSÉ

	Ptas. Cts.
<i>Suma anterior</i>	88 93
Una familia cristiana.....	2 >
D. Juan José de Pablo, Ecónomo de la Mayor de Soria	1 >
» Antonio Cabrerizo, Párroco de Esteras de Soria..	3 >
Parroquia de Torreblacos.....	5 >
» Huerta de Rey.....	2 45
» Valderrodilla.....	3 >
» La Olmeda.....	0 50
» Arauzo de Torre.....	2 >
» Abejar.....	2 >
» Cabrejas del Campo.....	0 75
» Centenera de Andaluz.....	1 >
» Aldea de San Esteban.....	1 10
» Fresnillo de las Dueñas.....	0 25
» Fuentecén.....	1 35
» Andaluz.....	1 25
» Quintanas Rubias de Abajo.....	1 50
» Hinojosa del Campo.....	2 50
» San Leonardo.....	2 10
» Soria (El Espino).....	0 80
» Carrascosa de la Sierra.....	1 >

› Roa de Duero.....	19	›
› Valdezate.....	1	›
› Acinas.....	1	50
› Baños de Valde arados....	6	›
› Peñacoba ..	1	›
› Miñana	1	15
› Buitrago ..	3	›
› Pedrosa	2	75
› Casanova.....	2	35
› Villalba de Duero.....	1	79

Entregado en esta Secretaría en 1913, despues de haberse enviado la Colecta de S. José.

Parroquia de Vadocondes.....	6	00
› Moradillo de Roa.....	1	60
› Villabuena.....	1	›
› Peñalba de San Esteban.....	2	50
<i>Suma</i>	<u>174</u>	<u>12</u>

Esta cantidad se incluirá en la colecta de 1915.

BIBLIOGRAFIA

HISTORIA DE LA DIÓCESIS DE SIGÜENZA Y DE SUS OBISPOS'
escrita p.or el actual Rvdo. P. Fr. Minguella y Arnedo.

Tres volúmenes en 4.^o mayor con unas 700 páginas de lectura cada uno.

Esta obra, utilísima y aun necesaria en todas las bibliotecas, muy digna de figurar al lado de la célebre *España Sagrada* del P. Mtro. Flórez y muy importante para el estudio de la historia de la diócesis de Osma, se vende en la Secretaría del Obispado de Sigüenza a 10 pesetas cada tomo.

Mas porque no se trata de un negocio, ni siquiera se aspira a cubrir gastos de impresión, teniendo en cuenta la pobreza del clero y de los Seminarios, se remitirá por correo y certificada toda la obra a los Sres. Sacerdotes y centros docentes eclesiásticos que la deseen, previo el pago de diez y nueve pesetas enviadas a la expresada Secretaría por giro mutuo u otro medio seguro.

BURGO DE OSMA.—IMP. Y LIB. DE JIMÉNEZ.